

LOS MADRILEÑOS

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
25 de Mayo de 1889.
NÚMERO 34.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

CASTO PLASENCIA

El insigne artista cuya caricatura honra hoy nuestra primera plana, es tan conocido y admirado dentro y fuera de su patria, que ridículo sería manejar el *bombo* en su favor. A este laureado pintor basta con nombrarle para que exclame todo el mundo:

—¡Ah! ¡Plasencia! ¡Superior!
—¡Eximio! ¡Óptimo!



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



A. Pons

DIARIO CÓMICO



Hace pocas noches salía yo del Circo Hipódromo de Verano, donde acababa de aplaudir á los ya famosos *Colibríes*, y preocupado con aquellas *menuencias*, entregábame á profundas meditaciones.

Dábame yo á pensar en los probables resultados de una revolución, de un movimiento popular, de una guerra civil en un pueblo liliputiense cuyos habitantes fueran todos de la talla de los *Colibríes*, y ni lograba asustarme ni emocionarme en lo más mínimo, dado lo *minimo* que debía ser cuanto allí ocurriese en semejante caso.

¡Qué serie de horrores no serían necesarios para que en un pueblo así tomara un conflicto *proporciones gigantescas!*

¿sin embargo, ¿qué duda tiene que aquellos hombrecillos y aquellas mujercitas tienen su alma en su almarío, como otro *quisque* cualquiera?

¿Expresarán estos chiquitines sus afectos, darán rienda al sentimiento, estallarán en ellos las violencias de la pasión con el mismo vigor, con la misma fuerza, con la misma energía que en los seres de estatura proporcionada, ó será proporcional todo ello con su tamaño exiguo?...

El distinguidísimo y pequeñísimo príncipe Pompeyo, ¿hará el amor, por ejemplo, lo mismo que Vital Aza?

Yo creo que sí, dadas, por supuesto, las naturales diferencias y los accidentes naturales.

Y á creerlo así me inclina la historia íntima de alguno de los *Colibríes*, historia que me ha referido en secreto Antonio Pérez (no el secretario de Felipe II, el del otro Felipe), y que con toda clase de reservas voy á contar á ustedes.

¿Conocéis á Mad. Juana?...

Mad. Juana Napoleón es la más diminuta de los *Colibríes*; tiene cuarenta y siete años, 53 centímetros de estatura, pesa cuatro kilos escasos, y es viuda.

¡Viuda! ¡Esta sola palabra encierra para Mad. Napoleón todo un poema de amargura!

¡Tan chiquitina como la véis, es toda corazón!

Tocóla en suerte un esposo jugador y libertino, borracho y pendero, y el nido (¡quién llama hogar á una casa para tal matrimonio!), el

nido conyugal no tuvo para ella más que horas tristísimas, noches de insomnio, amarguras sin cuento.

El torcedor de los celos destrozaba su alma, viéndose abandonada por el elegido de su corazón.

¡Las infidelidades del ingrato eran la comidilla de circos y teatros, y en todas las *pistas* y en todos los bastidores se referían y comentaban sus galantes aventuras!

Dícese que la serie de sus triunfos era interminable; y á mí me ocurre sobre el particular una duda horrible.

Si el marido tenía dos centímetros de estatura más que su mujer, y no la excedía en peso más que en medio kilo, según dicen, ¿dónde encontraba ese Tenorio beldades á su peso y medida?

Misterios son éstos que no explica Mad. Juana; pero lo evidente es que, escarmentada por lo mal que le fué en su primer matrimonio, juró no volverse á casar, y ahí la tienen ustedes tan viuda y tan hermosa, sonriendo todas las noches al respetable público que la aplaude en el Circo Hipódromo.



Como otra prueba de mi anterior afirmación podría presentar á ustedes al príncipe Colibrí. ¡Buena personilla! Enamoradizo y calaverilla como él solo, contempla embobado á las hermosas madrileñas, y afirman que tiene unas ganas espantosas de casarse.

¿No habrá por ahí alguna jamona caprichosa que le saque de penas?... ¡Animo, por Dios, que ocasiones como éstas no se encuentran todos los días!

La proporción no es tan mala como parece al pronto, sobre todo para aquellas mujeres (y hay muchas), que opinan que el hombre es malo, y que de lo malo poco; recuerden aquellos versos de Bretón:

“Puesto que el hombre no es bueno,
le prefiero chiquitín;
porque en chico vaso, al fin
no cabe mucho veneno.”

y apechuguen con el simpático Colibrí, que, casándose con él, podrán exclamar parodiando al inimitable Narciso Serra:

“Un marido no es gran cosa,
pero al cabo llena el hueco.”

¿Qué os diré del príncipe y la princesa *Dedal*? ¡Que son una parejita feliz, un matrimonio dichoso, y que tienen una afición tal á los útiles de costura, que, no contentos con llamarse *Dedal*, duermen juntitos dentro de un *alfiletero!*



El principillo está muy enamorado de su mujer, y es celoso y pendero; hace poco se batió en Rusia con un oficial polaco, porque asestaba los gemelos á su mujer con sobrada insistencia.

El arma del Príncipe fué una aguja de hacer media, y el adversario recibió un *punto* en una pantorrilla.

Susana y Sandor constituyen la servidumbre de esta colonia de liliputienses. Son dignos de sus amos en todo y por todo.

¡Y qué estado pecuniario tan floreciente el de estas personillas!

¡Como que apenas gastan!

¡Con la piel de un gato han forrado los gabanes de toda la Compañía!

Con una taza de café pasan todo el día; pero llega la noche y...

¡Medio huevecito y á la cama!

¡Y se acuestan todos en una caja de bombones!

E. NAVARRO GONZALVO



EL ELEFANTE

En recóndito paraje,
donde un desierto erial
halla fin, alza el ramaje
un bosque, con el follaje
de la zona ecuatorial.
La tupida muchedumbre
de aquellas hojas, le cierra
paso al sol, y esta techumbre
mantiene desde su cumbre
húmeda y fresca la tierra.
Bajo del frondoso velo
que al bosque sirve de cielo,
se ven los duros matices
de los troncos y raíces
que hacen su presa en el suelo.
Cruzan los vientos silbando
aquella bóveda hueca,
sus pilares agitando
y en su camino arrastrando
sucía hojarasca reseca.
Una noche tormentosa
tiembla el bosque, estalla el trueno
y aquella masa nublosa
que relámpagos rebosa,
lanza el rayo de su seno.
El rayo cae, una rama
desgajando á una palmera,
el viejo tronco se inflama,
y va cundiendo la llama
y chispeando la hoguera.
Con salvaje desconcierto
que el duro pecho le agita,
un elefante, al desierto
con paso veloz é incierto
temblando se precipita.
No vuelve atrás la mirada;
la carne la siente llena
de inquietud; lleva turbada
la vista, y cruje la arena
al poder de su pisada.
Tibio, suave y perezoso
el día nace, y después
es más vivo y caluroso,
hasta que en el cenit es
deslumbrador y fogoso.
Es el desierto la escena:
se aleja el negro capuz;
el alba los cielos llena,

y hay un desierto de arena
bajo un torrente de luz.
Una caravana viene,
y en ella un negro detiene
á otro, y dice:—Un elefante.
¿Le cazamos?
—No conviene.
¡Pobres! ¡Ya sufre bastante!
Cierto: sobre la llanura
el sol, hermoso y cruel
toda su lumbré fulgura,
y, aun siendo de piel muy dura,
quema á la fiera su piel.
Va el elefante sediento
con el paso tardo y lento,
y allá, á lo lejos, ve un monte
más azul que el firmamento
limitando el horizonte.
Llega; la emoción empaña
sus ojos; rumor aprecia
de fuente, ya á la montaña
y al subir, su planta recía
las toscas piedras araña.
Escucha vagos rumores
que se acercan por instantes,
y encuentra á los cazadores
que después son vendedores
de colmillos de elefantes.
Oye las flechas silbar,
y prorrumpe al contemplar
aquella humana jauría:
—¡Ay! ¡Que siempre he de encontrar
quien amargue mi alegría!
Ya los hombres ó ya el cielo
producen mi desconsuelo.
Desde que vine á la tierra,
siento el odio y el recelo
de una atroz y cruda guerra.
El cielo me hizo sufrir
en mi peregrinación,
y ahora que pude venir
y subo, ¡cuánta afición
me está costando subir!
Al fin llegó hasta la cumbre;
llegó, sí, yo no sé cómo;
sé que sentía en el lomo
la punzante pesadumbre
de las flechas y del plomo.

R. TORROMÉ.



Típico vespertino.

Por la mañana no le busquéis; no le habéis de encontrar, á menos de ser *día de misa*, que entonces á las puertas de las iglesias estará sin falta. Tampoco le hallaréis por la noche, sino alguna que otra vez, en café de moda, haciendo de dinero el menor gasto, y de tiempo un de-roche.

Así como por la mañana pasa confundido entre los transeuntes ordinarios, así también se confunde á la tarde con los elegidos de la fortuna que, como todo el mundo sabe, es el di-

nero. Esta es la preocupación constante del tipo vespertino; aparentar, no talento, ni arte, ni ciencia, ni otra cosa que no sea *posición*, sinónimo de *fortuna*, al común decir.

Pero ignoran los que le admiran triunfante las luchas y des-hechas borrascas que su ánimo agitan día y noche.

El hartarse de hambre á cambio de buenas prendas. El pa-sarse en vigilia las noches pensando en los detalles de los vés-tidos que son su vida. El no reposar su cacumen buscando trazas distintas de andar y moverse con más desenfado y ele-gancia. Los apuros en que le pone la brecha del calzado que se va sin remedio. Las diabólicas invenciones y artes mágicas para disimular manchas y tapar remiendos de la ropa que espera reemplazo. El rasurarse ó dejarse las barbas á cada mes hacien-do de su cara un tema con variaciones, tocado por el barbero. La *quita y espera* en que hace vivir á sus acreedores, que también luchan con el imposible de pagar, que es en el tipo vespertino cosa corriente. Y otros mil secretos de ropas adentro que que-dan velados para el espectador no muy perspicaz.

Todos estos martirios padece ese joven que pasea Madrid por la tarde con aires de duque por fuera y con flatos de hambre por dentro. Pero él lo sufre todo con heroísmo por adquirir después el triunfo pasajero que gana la miseria á la grandeza.

Una gran parte de la curiosa clase de jóvenes vespertinos prototipos, suele ser oficinista, y de tan alta paga, que casi se ve; acontece que tengan algo menos del jornal de un bracero, sueldo corto para su atavío y largo para su trabajo; que así son gentes metidas en empleos como podrían serlo en otras partes, aunque en todas fueran lo mismo, que no es mucho. Estudiaron los más sabios primeras letras, sin llegar á segundas; y como ni antes ni

después les faltaron *empeños*, fueron destinados á desempeñar la administración pública, bien empeñada de suyo.

Cosa notable es ésta, aunque olvidada de puro sabida; pero lo que se ignora y es más importante en estos seres animados, el fin que se proponen con su activa y cotidiana campaña.

¿Será el engalanarse un medio para conseguir colocación ven-tajosa en matrimonio? Parece ser éste el ideal de algunos tipos vespertinos; y aun se sabe y cuenta de las travesuras y engaños que pusieron en juego para cazar dotes cuantiosas con bastón por escopeta y levita por morral, y también de alguno se supo que hasta se puso corona. Pero sobre que esto es obra difícil para gentes de poco caletre, ni están las dotes esperando po-bres, ni á cada esquina aparece pieza mayor de este género.

¿Será que estos tipos de la tarde sientan verdadera necesidad de pulcritud, como el armiño, ese animalejo que, al decir de las gentes, por limpiarse su blanquísima piel se rasga las carnes? Creo que no; porque no anda, por desgracia, la limpieza perso-nal tan demas por el mundo, ni ellos tan sobrados de aseó como parecen en su exterior; de alguno sé que ha de tener en su cuerpo más rincones que un desván. Y supuesta su vida humil-de, no ha de ser su limpieza muy soberbia, sino muy modesta, en proporción á su clase, que es la media con vistas de baja. Además, entiendo que no es la *elegancia* sinónima del *aseo*, por-que sucede con frecuencia que bajo perfumados guantes ha-y manos como sembrados, y cuerpos bien ceñidos y adornados andarán por ahí que conocerán el agua sólo de vista.

Si el tipo vespertino no se caracterizase en el *debe* á sastres, zapateros y otros, su existencia podría explicarse como protec-tores de las artes útiles ó liberales; llenaban una misión indus-trial en este mundo.

Pero como así no es, salvadas *recontadas* excepciones, resulta que ese tipo que pasea Madrid por la tarde con aire de duque por fuera y con flatos de hambre por dentro, no vive sino para demostrar que la cabeza no es más que un sitio donde ponerse el sombrero.

P. P. VILLANUEVA.



¡¡TARDE!!

POEMA MICROSCÓPICO

I

Allá en la infancia de mi oscura vida,
cuando la luz primera
bañó esplendente mi razón dormida
y brotó el pensamiento desbordado,
como si presintiera
la razón y el porqué de lo creado;
cuando—«bueno es el mundo»—me decían,
y «de delicias lleno»;
cuando alegres mis labios repetían,
en horas dulces de apacible calma,
—«Bueno es el mundo, bueno»
y—bueno y bueno—me gritaba el alma;
cuando el mal, el engaño y la amargura
aún no me envenenaba,
y contemplando alegre la hermosura
de mi existencia plácida y suave,
de flor en flor volaba
como una mariposa ó como un ave...
¡Ay! ¡Qué ajeno de mí que, andando, andando,
el tiempo pasaría,
el velo sonrosado desgarrando.
que oculta la verdad á nuestros ojos,
y que al fin volaría
sobre un campo de espinos y de abrojos!
Ví con horror el sempiterno llanto
suceder á la risa;
la ventura sin par, cambió en quebranto;
se llenó de dolor el pecho mío;
y fué huracán la brisa,
laguna cenagosa el claro río.

II

¿Por qué, si así era el mundo, me enseñaron
á verlo de otro modo?
Al negro precipicio me arrastraron
validos de mi ciega inexperiencia.
¡Hoy lo comprendo todo,
hoy, que me pesa tanto la existencia!

J. NAVARRO REZA.



LOS FORASTEROS



Gente rica, tipo fino;
los dos de Vitigudino.

Tipo ordinario
rostro contento.
Es secretario
de Ayuntamiento.



Uno de la familia del tío Maroma.



—¿Y qué hace uno en Madrid?
—Cortarse el pelo.

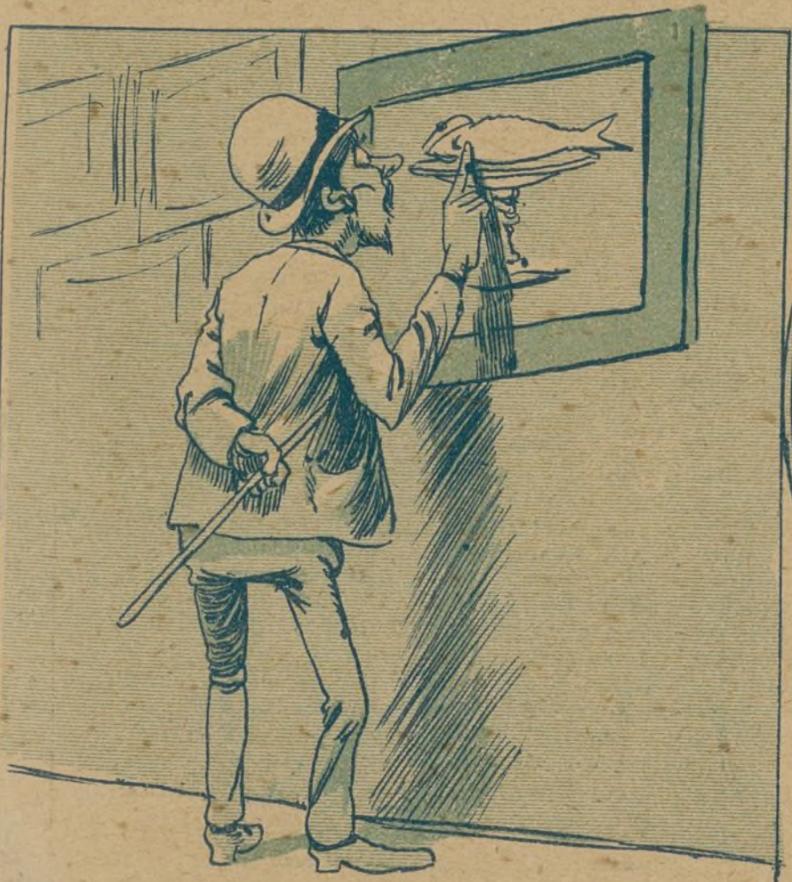
EXPOSICIÓN



—Me gustan más las marinas á la acuarela, porque resultan más verdad, más húmedas.
—¡Naturalmente!



—Eso de *aguarelistas* debe ser algo de aguadores.
—Yo no me quedo sin probar ese agua.



—¡Aunque no sea más que una dedadita!



Exposición ambulante de pintura.



MÚSICA



SEGURAMENTE habrán leído ustedes, u oído recitar, aquello de

La música á las fieras domestica, y en nuestro corazón de las pasiones los salvajes instintos dulcifica.

La música es el idioma universal, como también habrán ustedes oído. Parece imposible, aun al cabo de tantos siglos de música, que los hombres hayan podido, combinando solamente siete notas, producir tan inspiradas melodías y armonías tan sublimes, y tangos tan poéticos y couplets tan tiernos, delicados y cultos como los que embellecen algunas obras teatrales.

La verdad es que la música «es el arrullo de los siglos.» No olviden ustedes este pensamiento «ó figura,» que es trascendental.

Después del descanso necesario para quien da á luz tan brillante concepto, continúo.

Se supone que la música es posterior al hombre, aunque no en mucho tiempo, puesto que en épocas primitivas, los pastores tocaban el caramillo y los pintores «retratan» al dios Pan ejecutando en la flauta la primera sinfonía de Beethoven y el andante número 15072 de Mozart.

El descubrimiento de la música debió de ser casual, ó, mejor dicho, involuntario en el hombre.

Nada de esto he leído en los «prehistóricos eminentes,» ó prehistóricos, según los denomina un chico escritor que posee una idea vaga del castellano.

Nada he visto en libros ni en artículos referentes á los «periódicos» primario, secundario, ó sea de segunda enseñanza, terciario y subsiguientes, que esclarezca el asunto musical.

Pero es indudable que el hombre aprendió la música vocal, por lo menos de los pájaros, aunque esto parezca paradójico, puesto que los pájaros no tienen boca.

Como á escribir «boca» con b, también debimos de aprender de los pájaros; dado que no debe escribirse «bocal» ni «bocativo,» aunque sí Bocairente y Boccoli.

Una romanza de algún ruiseñor inspiró seguramente al hombre la idea del canto ó del cante.

Más tarde vinieron Juan Breva y otros.

Pero no precipitemos los acontecimientos

El hombre empezó por trinar y gorjear: (esto para los recitados.)

Cuando ya se estimó capaz de ser pájaro ó de imitar perfectamente al pájaro que le había servido de modelo, empezó á mezclar variaciones.

Después, y procurándose algún descanso para los pulmones, sin privarse de las melodías que le inspiraban sentimientos delicados y dulces, pensó en el fonógrafo, pero sin elementos científicos para realizar sus aspiraciones.

El fonógrafo apareció «algunos años después.»

El murmullo de las aguas, el susurro de las hojas de los árboles, movidas por el viento, la cadencia de la cascada, el ritmo armónico de los ecos en el valle, circundado por la altiva sierra...

(Permitan ustedes que respire después de este esfuerzo supremo de poeta.)

Pues bien; todas esas notas, todas esas frases musicales no cantadas, debieron infundir en el

hombre primitivo la idea de los instrumentos musicales.

Y empezó inventando la esquila y el cencerro (no periódico).

Después la zampoña, y el pandero, y la flauta, y así sucesivamente, hasta llegar á los órganos expresivos y el contrabajo, que es una locura ó una fantasía de un fabricante de violines.

Continuando en el camino del Arte, el inventor de tantas maravillas consiguió armonizar dos instrumentos, y sobrevino el dúo y la sociedad de duettos, y muy luego la de tercetos, y así gradualmente, hasta el maestro Bretón y la Sociedad de Conciertos.

La música es un elemento de vida para los pueblos, y muy particularmente para algunos individuos y varias señoritas.

Hay quien vive del figle y quien se sacrifica por el clarinete.

Quien considera al cornetín como á un hermano de viento y quien estima á la trompa como á comprofesora.

La invención del organillo vino á privar del sustento á los profesores de arpa, á la asociación de la Murga-Club y á aflojar las clavijas á los pobres ciegos instrumentados.

Para los bailes campestres en familia, ó de familias campes- tres; para embellecer las horas de algunas señoritas solas; para amenizar ó amenazar los intermedios en espectáculos fenome- nales, como el de la «Niña gigante», «personajes de cerámica,» según anunciaba un empresario de esos de cajón ambulante, dueño de establecimiento accidental, por decir «Figuras de cera»: para todos los casos citados el organillo ha reemplazado á la sociedad de profesores complicados en la Murga.

Quedan todavía ocasiones en que no se admite el organillo por insignificante.

Como para obsequiar al maestro zapatero, con casa abierta, y con motivo de su elevación á alcalde de barrio.

Y para felicitar á la robusta tendera de ultramarinos y otros, en el día de su cumpleaños.

O cuando se inaugura una taberna, supongamos.

O cuando bautizan al chico del carnicero.

Fuera de estos casos, el arte anda por los suelos.

La Sociedad de Conciertos y los sextetos han perturbado la tranquilidad de los profesores movilizadas.

Y gracias al desarrollo de la afición y á la necesidad de la música que siente el hombre, aún hay trombones y oboes en libertad.

Porque la necesidad que sentimos de oír música, es indudable.

Ya en algunas comedias de nuestro teatro antiguo había *Música suave dentro*, como se lee en las acotaciones de las obras que representaban aquellos cómicos.

Pero no tanta música como en el teatro moderno.

Hoy no es viable el actor que no canta, por lo menos.

Ni es obra del agrado del público, si no hay en ella *couplets*, tangos, y guarachas, y polos, y demás.

Hay música para todos los actos de nuestra vida.

Para solemnizar nuestro alumbramiento... es decir, cuando nos alumbran, y también cuando alumbran las llamadas á ello.

Música si nos bautizan con algo de lujo.

Música cuando nos casan, ó de resultados de ello.

Música para acompañar á ciertos cadáveres hasta el cemen- terio.

Música en el templo, música en el campo de batalla, música en los espectáculos y música y baile en algunos «cafés» notables.

Como me decía una señorita filarmónica «por temperatura:»

—No sé cómo pueden vivir esos pueblos salvajes sin música.

A lo que repliqué:

—Pues ya puede usted figurárselo: en bruto, y aburridos cons- tantemente.

EDUARDO DE PALACIO.

IRA

Yo perdono el ultraje recibido cuando me tiende el enemigo un lazo; cuando se me hace dándome un abrazo, no perdono jamás: ¡nunca lo olvido!

Me juraste ser mía, y has mentido, dejándome soñar en tu regazo... ¡Esta queja es el último pedazo del corazón que tanto te ha querido!

Aunque tapes con flores tu falsía, renunciaré á soñar con tu embeleso y huiré tus dulces redes, alma mía.

Viviré desgraciado, lo confieso, pero lejos de ti... ¡Te mataría si, en lugar de un puñal, matara un beso!

RICARDO J. CATARINEU.

DESDE EL BOULEVARD

LA Exposición, y nada más que la Exposición. No esperen mis lectores que de otra cosa les hable; porque la actualidad, único alimento de estas crónicas—que contribuyen á que me gane el mío—es la Exposición y los asuntos que con ella se rozan más ó menos íntimamente.

En cartas especiales trataré la Exposición—unas veces bien y otras mal—desde dentro de ella; y en las usuales—por no decir ordinarias, que me precio de fino—de lo de fuera de la Exposición, pero que á ella se refiera. Vamos al decir, que mis crónicas serán ahora de vallas adentro ó de vallas afuera, según los casos y las cosas.

La Exposición ha empezado á hacer sus víctimas. Y no me refiero á los cuatro ó cinco desgraciados obreros á quienes una viga de hierro ó una piedra ha inutilizado para siempre.

Desde este punto de vista la Exposición ha estado de suerte, porque, dado lo colosal de las obras y el inmenso número de obreros que han colaborado en ellas, es raro que tan pocas desgracias personales hayan ocurrido.

Las verdaderas víctimas de la Exposición son los parisienses. Y por ende (recomiendo este giro á la Academia para que me lo tenga en cuenta) los que vivimos en París con residencia fija, domiciliados ó de asiento, que dicen otros.

Para el provinciano ó el extranjero que vienen á ver la Exposición y á tirar unos cuantos miles de reales divirtiéndose, esto es un paraíso.

Pero los vecinos de la gran ciudad estamos pasando el purgatorio.

Empezó Cristo y nosotros á padecer con la subida de los precios de todo cuanto Dios crió.

La subida de las casas.

La subida de la carne.

La subida del pan.

La subida de la leche...

Vamos, que nos pusieron á parir.

Y con el principio de la irrupción extranjera la cosa está ya que arde.

Los cocheros, que siempre se han distinguido como los seres más dañinos de cuanto pulula en las grandes poblaciones, han llegado al colmo de su apoteosis.

Quisiera yo verles á ustedes con prisa para cualquier negocio y en la necesidad de tomar un *fiacre* en un radio de 1.000 metros alrededor de la Exposición á ciertas horas, y en el resto de París á todas las que marca el reloj.

—¡Cochero!

—Voy á relevar.

Esta hora del relevo debe tener doscientos cincuenta minutos, á juzgar por lo que dura.

Todavía con los que conservamos cierto acento extranjero el cocherero se humaniza un poco.

Y empieza un interrogatorio más largo que el juicio de la calle de Fuencarral.

Si es por horas, no carga el señor de cocherero.

Si la carrera es larga, *monsieur le cocher refuse*.

¿Ir á los puntos diametralmente opuestos del Campo de Marte? *Jamais de la vie!*

Y así por el estilo.

Todo para terminar pidiendo cinco francos por una carrera más corta que la del Notariado y aplicarle á uno todos los insultos del vocabulario de los príncipes del pescante, que es más largo que el de la Academia de la Crusca.

PROPIO Y AJENO

Histórico.

La escena tiene lugar en casa de un conocido filántropo.

Anuncian la visita de un caballero, á quien el dueño de la casa recibe con la mayor bondad y cortesía.

El visitante apela al noble corazón y caritativos sentimientos del filántropo y viene á pedirle amparo y protección.

No para él, seguramente.

Se trata de una pobre mujer, viuda y enferma, madre de tres pequeñuelos, que no puede pagar el alquiler del miserable cuarto que habita, y á la que el casero, previo el juicio de desahucio, va á poner aquel día en mitad de la calle.

El compasivo señor se conmueve con aquel patético relato, y pregunta:

—¿A cuánto asciende lo que debe al casero esa pobre mujer?

—Doce duros nada más; tres meses, á cuatro duros mensuales.

En los *restaurants* grandes, chicos y medianos, como hable usted el francés siquiera como un marsellés, ya está usted fresco.

El *garçon* le trata con el más soberano desprecio, y, si le sirve, es por conmiseración ó cumpliendo un penoso deber.

En cambio, y sobre todo si tiene un acento ó tipo británico, la misma jalea parecería papel de lija comparada con la *empresement* y la *politesse* del *garçon*, el *maitre d'hôtel* y hasta la cajera.

Pero viene la *dolorosa*, *l'adition*, como por aquí decimos, y entonces sí que me río yo del Gran Capitán!

¡Estas son cuentas, y no aquéllas!

¡Y vean ustedes lo que son las cosas! Los cafeteros y dueños de *restaurants* han dado, hace unos días, en decir que la Exposición los está arruinando, y tienen la pretensión de que no esté abierta por la noche.

Lo cual ha provocado una campaña en varios periódicos boulangieristas, que no saben qué inventar para hacer ruido desde que el *brav'général* tomó el olivo y nadie se acuerda de él.

Se quejan de que el Boulevard está desierto porque las gentes se van á pasar la noche en la Exposición, donde, por cierto, con la luz eléctrica, un poco de música, lo apacible de la temperatura, las fuentes luminosas y los precios de los artículos en las listas de *cafés* y *restaurants*, se pasa la velada más agradablemente y por la mitad que en otro cualquier sitio del centro.

Los empresarios de los teatros lloran por los llenos que soñaban y no parecen.

Verdad es que, quitando el *Gymnase*, donde *Belle-Maman* sigue dando dinero, el espectáculo fiambre que ofrecen no es nada tentador.

Y entre todos nos han inventado una crisis comercial nocturna en que me permito no creer.

Porque yo veo el Boulevard tan animado como siempre, y los *cafés* rebosando gente.

Y porque quince ó veinte mil personas que vayan á la Exposición por la noche, no representan nada al lado de una población flotante de cerca de cien mil forasteros que nos está proporcionando la Exposición, y que ha de ir en aumento.

Conque por falta de animación no dejen de venir los madrileños.

Pero tráiganse ustedes *quita*... y coraje para los cocheros.

Ya que he vuelto á hablar de ellos, terminaré esta Crónica con un rasgo de su malicia.

Para el cocherero parisién, el extranjero no viene á ver la Exposición. Viene, sobre todo, á... ver las parisienses.

Un amigo mío tomó un coche cerrado á la entrada de los Campos Elíseos. Iba con su mujer.

Como eran ya las once de la noche, el automedonte se dignó cargar.

—A la plaza de la Estrella, dijo mi amigo. Yo le indicaré dónde ha de parar.

Pasó un momento... y luego varios más. El coche no se movía.

—Cuando usted guste, cocherero, dijo mi hombre ya cargado.

—¿Decididamente quiere usted ir á la plaza de la Estrella?

—¡Pues ya lo creo!

—Es que, como el caballo está cansado, y yo tengo sueño... y por aquí no hay mucha luz... si le era á usted igual... podíamos quedarnos.

|||

BLASCO.

Paris 23 Mayo 1889.

—Está bien; deme usted sus señas y hoy mismo haré que le remitan esa suma.

—Si usted no quiere molestarse, puede entregarme á mí el dinero: es completamente igual.

—¿Y quién es usted? ¿Algún pariente quizá?

—No, señor; soy el dueño de la casa que ocupa esa desventurada.

Libros recibidos:

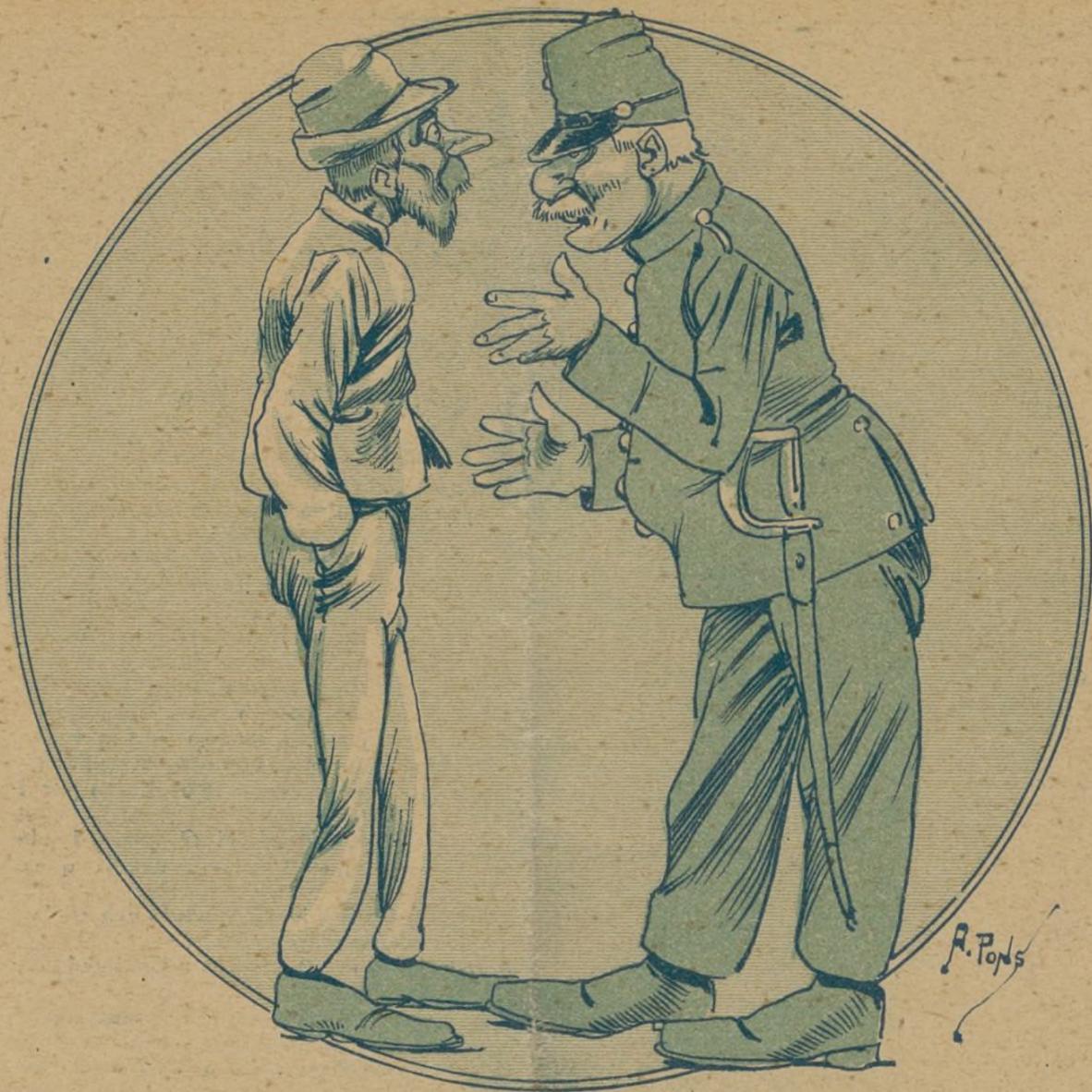
Flechazos. Colección de poesías por D. Ricardo J. Catarineu, con un prólogo de D. Melchor Palau. Precio: 2 pesetas.

Cuanto pudiéramos decir en elogio de este libro, sería pálido; el joven Catarineu es un verdadero poeta que siente y expresa de un modo admirable.

En este mismo número damos una muestra de su gallardo ingenio.



LA MANIFESTACIÓN



—¿Me va usted á negar que ha dado gritos subversivos cuando le he visto yo, yo *mismamente*, abrir la boca?
—Pero... ¡si era de hambre!

ANUNCIOS RECOMENDADOS

El Carnaval de Venecia.
Novedades de Paris, Londres y Viena.
Corbatas, puños, cuellos, bastones, abanicos y toda clase de objetos para regalos.
ANTONIO NAVARRO
18, Arenal, 18.

GÓMEZ DE AMPUERO
¡CON VERLO BASTA!
NOVELA FESTIVA
Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,
UNA PESETA

Banco Hispano-Colonial.

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886.

ANUNCIO

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el 12.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1885, el día 1.º de Junio, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.181.100 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.181.100 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.811 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo once bolas, en representación de las once centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.181.100 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 11 de Mayo de 1889, expedida por el ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.718 bolas sorteables, deducidas ya las 93 amortizadas en los sorteos precedentes.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo, además, la Comisión ejecutiva, Director-gerente, Contador y Secretario general.

Del acto dará fe un Notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona 15 de Mayo de 1889.

El Secretario general,
ARÍSTIDES DE ARTIÑANO.

ALFONSO DAUDET
Tartarin en los Alpes.
Traducción de E. Blasco.
Edición de gran lujo, con 145 ilustraciones y cubierta al cromó,
CINCO PESETAS

JULIO DE LAS CUEVAS
El espejo del alma.
POEMA
Un volumen ilustrado, y cubierta en colores,
UNA PESETA